

SISTEMATIZACIÓN DE EXPERIENCIAS EN AMÉRICA LATINA
UNA PROPUESTA PARA EL ANÁLISIS Y LA RECREACIÓN DE LA ACCIÓN COLECTIVA DESDE LOS MOVIMIENTOS
SOCIALES*

Antoni Verger i Planells
Dto. de Sociología de la *Universitat Autònoma de Barcelona*
antoni.verger@uab.es

RESUMEN

En el siguiente artículo se incide en las corrientes metodológicas de investigación participativa de la acción social colectiva. Con el objetivo de ilustrar una de estas perspectivas, nos centraremos en un método proveniente de América Latina, muy próximo a la teoría y la práctica de la Educación Popular, y que algunos colectivos están aplicando desde la década de los ochenta, tanto para realizar estudios en el área de movimientos sociales y acción colectiva como en otras áreas. Se trata de la *sistematización de experiencias*, un proceso colectivo de reconstrucción y reflexión analítica de experiencias mediante el cual interpretarlas, comprenderlas e introducir mejoras en futuras prácticas.

A modo de conclusión, enmarcaremos este método en las corrientes metodológicas de investigación *para desde* los movimientos sociales. Además, pondremos de manifiesto las particularidades de la sistematización de experiencias en relación a otras modalidades de investigación que conectan con las necesidades de los movimientos y que cuentan con su participación a lo largo del proceso analítico.

PALABRAS CLAVE: sistematización, movimientos sociales, educación popular, dialéctica, investigación participativa.

1. INTRODUCCIÓN

El objetivo de este artículo es el de profundizar en la investigación participativa en el área de los movimientos sociales. Para ello, nos centramos en la descripción de una propuesta metodológica originaria de América Latina conocida como sistematización de experiencias. Centrarnos en una propuesta concreta nos permitirá poner sobre la mesa la funcionalidad de las metodologías participativas en el área de movimientos sociales y contemplarlas en su amplitud: desde el nivel epistemológico al nivel más concreto o de aplicación práctica. Además, consideramos de interés centrarnos en la propuesta de las Sistematizaciones debido a que, a pesar de que desde hace décadas está siendo teorizada y puesta en práctica en América Latina, a diferencia de otro tipo de propuestas de investigación participativa (normalmente arraigadas en Europa o en Estados Unidos), la sistematización de experiencias es poco conocida entre los investigadores sociales de nuestro contexto.

Dividimos la exposición de este método en cuatro partes. En la primera, contextualizamos la sistematización de experiencias en el territorio latinoamericano. Hacemos mención a los colectivos que la impulsan, los factores socio-históricos que desencadenan su surgimiento, los factores territoriales, etc. A continuación, en un segundo punto, establecemos una definición de las sistematizaciones y apuntamos a su funcionalidad en caso de aplicarse en el área de la acción colectiva. En tercer lugar, describimos los

* Este trabajo se enmarca dentro del proyecto Globalización y desigualdades en América Latina: formación, contenidos e impactos de las políticas educativas y de lucha contra la pobreza en Argentina, Brasil y Chile, financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología y el FEDER (proyectos I+D) con referencia SEC2002-02480.

principios metodológicos e ideológicos que sustentan este método: unidad entre el sujeto y el objeto del conocimiento; conocimiento localizado y orientado a la práctica; historicidad de la interpretación; concepción dialéctica de la realidad. En cuarto lugar, concretaremos la propuesta técnico-metodológica de la sistematización. Para ello, describiremos las diferentes fases que conforman el proceso.

Una vez hecha la exposición del método, y como punto final del artículo, haremos un breve repaso por las diferentes perspectivas participativas en el área de los movimientos sociales. En primer lugar, diferenciaremos las perspectivas participativas de aquellas que, a pesar de que vinculan los objetivos académicos con los objetivos de los movimientos sociales, no tienen en cuenta a los agentes sociales como productores activos de conocimiento. Es decir, diferenciaremos de la investigación *para* los movimientos sociales de aquella realizada *desde* los movimientos. En segundo lugar, ya en el marco de la investigación que reconoce a los movimientos como productores de conocimiento, diferenciaremos entre propuestas participativas *débiles* (aquellas en las que es muy marcada la diferencia de roles entre el sujeto investigador y el sujeto investigado), y propuestas participativas *fuertes*¹. En estas últimas, el sujeto investigador es colectivo y recae en el mismo grupo de personas que protagonizan la experiencia a analizar. Por lo tanto, son estos actores, y no los analistas externos, quienes definen la línea y las preguntas que orientan la investigación. Los actores sociales, como veremos, reconstruyen la capacidad de comprender la realidad desde unos planteamientos de transformación social, y como requisito ineludible para desencadenar acción colectiva.

Cabe decir que, consideramos que la sistematización de experiencias, de la manera que la hemos definido y por la forma como se está aplicando en diferentes puntos de América Latina se puede enmarcar en las perspectivas *fuerte* de la investigación participativa, es decir, en la investigación para y desde los movimientos sociales.

2. ORIGEN Y CONTEXTO DE LA SISTEMATIZACIÓN DE EXPERIENCIAS

La sistematización de experiencias es una metodología de investigación participativa iniciada por colectivos comprometidos con la educación popular en América Latina. La sistematización de experiencias nace a principios de la década de los 80 en un contexto de crisis socioeconómica en la mayoría de países de la región (motivo por el cual se habla de los 80 como la “década perdida de América Latina”) y en el que el paradigma de la educación para el desarrollo desde la perspectiva de la teoría del capital humano estaba demostrando sus carencias. En cambio, en esta época la propuesta de la educación popular se estaba difundiendo con éxito en el territorio latinoamericano. En esos años, era habitual que se asumiera esta propuesta pedagógica desde diferentes movimientos populares. Entre otros casos, podríamos destacar su centralidad en la recién triunfante Revolución Sandinista², en las Comunidades de Población en Resistencia guatemaltecas, o en el desarrollo de organizaciones populares de Brasil de la trascendencia de la Central Unificada de Trabajadores (CUT) o del Movimiento de Trabajadores Rurales sin Tierra (MST). La educación popular, articulada con la teoría de la dependencia y la teología de la liberación, conformaba un cuerpo teórico coherente y afirmativo, no solo para agentes educativos, sino que en general para un amplio sector de activistas políticos (Jara, 2000). Además de generar procesos pedagógicos y de concienciación, los movimientos de educación popular incidían en las políticas educativas de diferentes países, se constituían en redes y organizaban diversos encuentros de ámbito internacional. Finalmente, incluso en niveles institucionales, se percibía la educación popular como una poderosa herramienta para la democratización del sistema político, para la defensa de los derechos humanos o para trabajar cuestiones de género en diferentes países de la región.

¹ Los conceptos “débil” y “fuerte” no responden a un juicio de valor emitido por el autor de este artículo. Son calificativos que hacen referencia a la concepción (en tanto que nivel) de la participación de los sujetos sociales, tal y como se contempla en diferentes propuestas metodológicas. En función del fenómeno o del tema a investigar puede ser más adecuado – o viable- recurrir a una u otra perspectiva.

² Fernando Cardenal, Ministro de Educación sandinista, pretendía hacer “de toda la Educación de Nicaragua, una Educación Popular” (Jara, 2000)

En ese mismo momento histórico, organizaciones de educación popular empiezan a teorizar y a implementar iniciativas de sistematización de experiencias que, en un principio, se aplicaban sobretodo a los programas de educación popular en los que trabajaban. Es decir, antes de extrapolar la propuesta de la sistematización a otros ámbitos, los mismos educadores populares la experimentaron con ellos mismos. Las organizaciones pioneras en este planteamiento son el Centro de Estudios del Tercero Mundo de Méjico (CEESTEM), el Centro de Estudios de la Educación (CIDE), FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales), la Red ALFORJA (Centroamérica)³, el CELATS (Centro Latinoamericano de Trabajo Social, Perú) o el CEAAL (Consejo de Educación de Adultos de América Latina)⁴.

Pero desde finales de los ochenta y principios de la década de los noventa se entra en una etapa de desencanto y abandono. Es una etapa caracterizada por el hundimiento del socialismo real y por la clara hegemonía de la ideología y del programa político neoliberal. En este contexto, los movimientos de educación popular atraviesan una crisis de sentido. Esta crisis se constata en la ruptura de coherencia entre el sentido y la acción, entre el discurso y la práctica. Algunos colectivos de Educación Popular tienden a tecnificar su actividad y su forma de trabajar, a sobredimensionar los objetivos instrumentales o a generar una actividad cada vez menos reflexiva y politizada (Ghiso, 1998; Mejía, 1999).

En este momento, un sector del movimiento con un talante más fatalista y pragmático opta por abandonar la educación popular como forma de hacer pedagogía y, sobre todo, como forma de hacer política. Mientras, desde otro sector se plantea que la educación popular se tiene que retomar, pero readaptando sus funciones y estrategias al nuevo escenario global.

En un marco caracterizado por el debate entre “sepulteros y refundadores” (Mejía, 1999)⁵, la sistematización es una de las líneas de Educación Popular con más perspectivas de futuro. Así, el sector de los refundadores (o re-fundamentadores) encuentra en la sistematización de experiencias una vía para regenerar, oxigenar y recrear los procesos de educación popular, volver a hacer vigentes sus principios ideológicos y planteamientos metodológicos. Las sistematizaciones, en concreto, permiten superar algunas debilidades o limitaciones que se habían hecho patentes a raíz de la tecnificación y la cooptación de los procesos de educación popular. Una de estas debilidades consistía en que, tal y como hemos mencionado, los educadores populares perseguían objetivos cada vez más instrumentales y, por lo tanto, iban abandonando la pretensión de construir subjetividades políticas emancipadoras. Por otra parte, se abandonaba también el objetivo de construir un proceso de investigación coherente a partir de procesos de enseñanza - aprendizaje.

En cambio, las sistematizaciones permitían a diferentes colectivos acumular y intercambiar sus experiencias de intervención y/o de acción. A raíz de la propuesta de las sistematizaciones se percibe que se pueden generar procesos de investigación, es decir, mirar al interior de las prácticas para constituir un campo teórico-práctico con un cierto rigor, que pueda dialogar con conocimientos constituidos desde otras instancias.

En los procesos de sistematización implementados, se constata como en el campo de la educación social, el trabajo social o la enseñanza escolar, la propuesta de la sistematización permite devolver un cierto estatus a los profesionales de la intervención social y desarrollar una tarea más comprometida con la transformación de la realidad. Tengamos los profesionales de estas áreas con visión y talante más crítico se tienen que resignar a menudo ante la rutinización de su tarea, lo cual menoscaba la creatividad y el trabajo cognitivo; intervienen sobre una realidad fragmentada y desestructurada que se pensaban poder transformar a partir de su opción profesional; y asumen, involuntariamente, una función de contención social al quedar su tarea relegada a resistir “en primera línea de fuego” las consecuencias de los costes sociales del neoliberalismo. La sistematización de experiencias, a esta clase de profesionales, les ha permitido empoderarse y ejercer una tarea más comprometida socialmente.

³ En noviembre de 1982, se realizó el primer taller regional de sistematización y creatividad de la Red Alforja.

⁴ El CEAAL, en 1987, impulsó un Programa de Sistematización con el que ofrecer formación, asesoramiento y otras formas de apoyo a iniciativas de sistematización.

⁵ Hay otros debates candentes entre los participantes del movimiento, como el que versa sobre la cuestión del poder y, en relación a este, el dilema del significado de la transformación social por la que, a priori, habría de apostar todo proceso de educación popular.

Más adelante, la sistematización de experiencias se aplica en el ámbito de los **movimientos sociales** latinoamericanos, un ámbito tradicionalmente comprometido con los principios y la praxis de la educación popular. Desde la Red Alforja se considera que “la sistematización puede contribuir de forma decisiva a recrear las prácticas de los movimientos sociales y a renovar la producción teórica de las ciencias sociales, desde la experiencia cotidiana de los pueblos de América Latina, en particular de aquellas comprometidas con procesos de educación y organización popular” (Jara, 1994). De hecho, por regla general, la investigación participativa conforma un cuerpo metodológico muy adecuado para el estudio o reflexión sobre la acción colectiva. Y no sólo por la calidad de los resultados que por esta vía se pueden obtener, sino porque el mismo proceso de investigación genera una indagación auto-reflexiva entre los participantes con el objetivo de incidir en la racionalidad de sus prácticas y comprenderlas en el contexto que éstas tienen lugar.

Finalmente, es importante contextualizar territorialmente la propuesta de la sistematización en América Latina, dónde la mayor parte de la población que participa en movimientos populares ha tenido poco acceso a determinados niveles de estudios – o dónde el grado de analfabetismo es muy elevado- y tiene que dedicar la mayor parte de su tiempo a cubrir necesidades básicas. Por lo tanto, el análisis efectuado por activistas con este perfil está condicionado por cuestiones de falta de tiempo o de formación. Carencias éstas que, precisamente, se pueden contrarrestar desde metodologías participativas como la que estamos tratando.

2. DEFINICIÓN

Se entiende por sistematización de experiencias el proceso de reconstrucción y reflexión analítica sobre una experiencia de acción o de intervención mediante la cual interpretarla y comprenderla. Con el proceso de sistematización se obtiene un conocimiento consistente que permite transmitir la experiencia, confrontarla con otras experiencias o con el conocimiento teórico existente. Así, se contribuye a la acumulación de conocimientos generados desde y para la práctica, y a su difusión o transmisión (Jara, 1994; Francke y Morgan, M., 1995).

La sistematización pone énfasis en el desarrollo de los procesos. De esta manera, se diferencia de la evaluación, la cual enfatiza los resultados, y de la diagnosis, que se centra en la realidad sobre la que se actúa. Así, a quien sistematiza le interesa rescatar el proceso, evidenciar cómo se ha actuado, analizar los efectos de la intervención en los sujetos y el carácter de las relaciones que se han generado, sin por ello no considerar el éxito o fracaso del proyecto en términos de resultados. Permite construir una visión común sobre la experiencia vivida entre aquellos que la han protagonizado: aciertos, errores, topes, posibilidades.

Por lo tanto, la sistematización resulta un mecanismo o una herramienta con la que diferentes colectivos pueden lograr objetivos cómo: capturar los significados de su acción y sus efectos; no repetir determinados errores; mejorar la propia práctica y la forma de hacer política; compartir aprendizajes con grupos similares; generar nuevas motivaciones; lograr mayor cohesión grupal; desenmascarar aquellos elementos de la ideología dominante que impregnan sus prácticas; contribuir al enriquecimiento de la teoría; generar nuevas articulaciones; revalorizar los movimientos sociales y dotar de sentido su acción; incidir positivamente en la autoestima de los activistas; transformar componentes autoritarios o sexistas en el funcionamiento de los movimientos sociales; promover la politización y concienciación de los activistas, etc. Además, en el ámbito de los movimientos sociales, la sistematización puede acontecer un proceso constructor de pensamiento, identidad y de sentido; rescatar aquello innovador de las formas y métodos de organización; identificar nuevas maneras de pensar y hacer política; rearticular tejidos sociales fragmentados; acontecer factor de unidad y constructor de propuestas alternativas (Jara, 1998).

En definitiva, con la sistematización los actores pueden dotar de sentido su acción, adoptar una posición privilegiada para la interpretación de las experiencias en las que participan, observarlas de forma integral y completa, compartir esta mirada con otros actores y contar con más elementos para saber cuáles deberían ser los próximos pasos a dar.

3. PRINCIPIOS⁶

Los principios metodológicos e ideológicos que orientan la sistematización de experiencias son similares los principios de la educación popular puesto que la sistematización es, en sí misma, un dispositivo pedagógico que se fundamenta en esta disciplina. La sistematización de experiencias es un proceso formativo integral que da pie a la constitución de sujetos críticos y creativos, a desarrollar capacidades para comprender, proponer, actuar e incidir en diferentes campos de la vida económica, social, política y cultural. La sistematización viene a ser, por lo tanto, y al igual que los procesos de enseñanza-aprendizaje desde la óptica de la educación popular, un proceso de empoderamiento colectivo: posibilita que los actores sociales adquieran conocimientos que los potencie como sujetos de poder, los capacita para incidir en su entorno.

P1: Unidad entre el sujeto y el objeto del conocimiento. El sistematizador pretende producir conocimientos sobre su práctica, sobre sí mismo y sobre su acción. Esta metodología cuestiona el supuesto de objetividad. Descubrir los sentidos que están en juego en las prácticas se considera fundamental para la articulación entre aquello objetivo y aquello subjetivo. La dimensión ideológica y la dimensión afectiva, por lo tanto, se incorporan y se contemplan en la sistematización. De hecho, al ser la propia práctica el objeto de la sistematización, el conocimiento parcial y la subjetividad de los diferentes actores incidirá en la interpretación que se haga de la experiencia. Durante el proceso de sistematización, los investigadores están encarnados y localizados en el movimiento; cada uno desde su especificidad investiga desde una perspectiva situada.

Además, la unidad entre el objeto y el sujeto de estudio permite romper con la tendencia a la especialización, a la división y la asimetría entre el experto y el práctico, el que sabe y el que no, tan frecuente en las ciencias sociales o en el mismo ámbito de los movimientos sociales. Se evita así la representación de las experiencias por parte del experto y su exclusividad a la hora de interpretarlas. Se considera que todo sujeto es sujeto de conocimiento puesto que cuenta con una percepción y un conocimiento de la realidad como resultado de su práctica. Por lo tanto, la participación de los diferentes actores de la experiencia en el proceso de sistematización, responde tanto a criterios de corte ideológico como de rigor del conocimiento a construir. El resultado del proceso dependerá, en gran medida, de la inclusividad y grado de participación de los espacios de negociación, articulación y comunicación que se abran entre los diferentes actores sociales. De ahí que se considere que en la sistematización es tan importante prestar atención al proceso como al producto final. A partir de la metodología que se propone, el conocimiento producido será necesariamente colectivo.

P2: Conocimiento localizado y orientado a la práctica. La validez del conocimiento que se obtiene con esta metodología reside en su condición de localización, a diferencia de lo que sucede con teorías universalizantes o totalizantes. Este principio entronca con otros principios como la ya mencionada unidad entre el sujeto y el objeto del conocimiento o la unidad entre el que sabe y el que actúa.

La validez del conocimiento producido desde la sistematización recae en su grado de acierto a la hora de orientar una nueva práctica y afrontar nuevas situaciones, y no únicamente en su consistencia interna o en su relación con una determinada teoría. Las prácticas sociales son fuente de conocimiento cuando dialogan o interrelacionan con la teoría. Se entiende entonces que conseguir mejores prácticas requiere un mejor comprender.

Así, si en la investigación tradicional el rigor recae en la consistencia de las corrientes y perspectivas teóricas en las que se basa, en la sistematización el factor rigor se encuentra en la práctica antes que en la

⁶ Extraídos de Barnechea, González y Morgan, 1998; Bickel, 1998; Jara, 1994; Jara, 1998; Francke y Morgan, 1995; Morgan, s/f.

teoría⁷. Pero desde la sistematización no se pretende establecer una disyuntiva entre teoría y práctica. Más bien al contrario, la sistematización, a pesar de contraponerse a determinados enfoques teóricos como el positivismo o el determinismo⁸, es un ejercicio abiertamente teórico: se formulan categorías, se clasifican y ordenan elementos empíricos, se analiza y sintetiza, se obtienen conclusiones. Es más, la sistematización puede contribuir a resolver dialécticamente la relación entre saber empírico y saber científico, recrear y construir teoría, relacionar el conocimiento teórico ya existente y los nuevos conocimientos que surgen de las nuevas e inéditas situaciones de las experiencias vividas. Se supone pues que los textos producidos son teóricos dado que conllevan a la comprensión de un fenómeno.

Se considera, en definitiva, que *la teoría está en la práctica*⁹, es decir, toda acción intencionada se basa en conocimientos que se expresan en ella, dándole sentido y significado a lo que se hace. La sistematización, pues, busca extraer y evidenciar el conocimiento que se encuentra en la práctica, teorizar y cuestionar de manera contextualizada la praxis social. Con la sistematización se organiza una lectura colectiva de la realidad para comprenderla y, así, identificar las problemáticas a afrontar y la manera como hacerlo. Se trata, por lo tanto, de un tipo de conocimiento que solo puede ser adquirido desde la práctica, desde la concepción que “la teoría es el conocimiento profundo de la propia práctica” (Bickel, 1998: 3). Es más, su valor reside precisamente en este hecho. En esta misma línea, para Thompson (1981) “la experiencia es determinante en el sentido que ejerce presiones sobre la conciencia social existente, propone nuevas cuestiones y facilita gran parte del material del que tratan los ejercicios intelectuales más complicados”. Para ejemplificar esta sentencia, Thompson habla de que la gente que pasa hambre piensa en el mercado de maneras nuevas o de que aquella persona que es llevada a prisión medita sobre el derecho de forma diferente.

Finalmente, para que la orientación a la práctica sea un principio efectivo, el aprendizaje y el conocimiento producido con la sistematización tiene que ser transmitido y transmisible. Ello puede facilitar el establecimiento de alianzas entre colectivos afines de cara a la realización de acciones conjuntas. En congruencia, una de las vertientes de este conocimiento tendría que ser de corte eminentemente propositivo.

P3: Historicidad de la interpretación. La sistematización pretende romper con el fatalismo histórico y el pensamiento único en el terreno de la política y con el determinismo en el terreno de las ciencias sociales. Paulo Freire consideraba que “solo hay historia donde hay tiempo problematizado y no preasignado. La inexorabilidad del futuro es la negación de la historia” (Freire en Jara, 1998:12). En esta línea, la sistematización pretende hacer revivir la curiosidad y la rebeldía, a la vez que superar el acomodo intelectual. Por lo tanto, no es un proceso neutro ya que sus objetivos son eminentemente emancipadores y están comprometidos con la transformación de las actuales relaciones desiguales entre grupos sociales.

Con este método se pretende llegar a las raíces de fenómenos, no siempre perceptibles inmediatamente, identificar los factores determinantes, la vinculación entre lo particular y lo global. La historicidad de la interpretación supone entender la lógica de la experiencia particular para descubrir aquellos hilos invisibles que la relacionan con la integralidad del momento histórico del que forma parte y en el que pretende incidir. En este sentido, desde la sistematización se pretende: a) problematizar determinadas situaciones y concienciar mediante un proceso de autorreflexión; b) desencadenar cambios en la acción y en la interacción a raíz de la toma de conciencia de los actores; c) incidir en la estructura social en base a la acción colectiva desencadenada

⁷ Con esto no queremos decir que se pueda prescindir de la teoría, puesto que esta es necesaria, por ejemplo, a la hora de conceptualizar.

⁸ El desafío epistemológico que plantea la sistematización pasa por superar las dicotomías que separan teoría de práctica, estructura de conciencia o el conocimiento de la acción.

⁹ Desde este punto de vista, los sistematizadores se adscribirían a los principios de la epistemología de la práctica de autores como Elliot o Schon.

En definitiva, una mejor comprensión de la realidad es condición necesaria para la producción de prácticas alternativas o para mejorarlas. Sólo así, aprendiendo y re-aprendiendo a leer el mundo, los seres humanos tienen la oportunidad de imprimir sentido y orientar las transformaciones, de construir historia, de re-escribir la realidad (Freire, 1978). El proceso de sistematización hace posible descubrir continuidades y discontinuidades, coherencias e incoherencias, similitudes y diferencias con otros procesos, reiteraciones y hechos inéditos. En definitiva, percibir la historia como posibilidad y no como determinación.

P4: Concepción dialéctica de la realidad. Desde esta perspectiva metodológica se entiende que la realidad se caracteriza por ser: total (realidad como un todo integrado donde las partes no se pueden entender aisladamente, sino en relación al conjunto); un proceso histórico (realidad como producto y construcción humana) y dinámica antes de que estática (realidad en permanente movimiento). De esta concepción extraemos que la realidad es transformable, sobre todo a partir de las tensiones y conflictos entre grupos sociales. Los participantes en procesos de sistematización se asumen como sujetos que participan en la construcción de la historia, entienden que toda acción que llevan a cabo contribuye a que el movimiento de la historia vaya hacia una u otra dirección.

Por lo tanto, la concepción dialéctica del mundo desde la sistematización permite que con esta clase de procesos se busque explícitamente conocer las prácticas, de las que somos actores, y con las cuales intencionadamente buscamos la transformación de la realidad. Así, abordar la realidad desde una concepción dialéctica implica reconocer la realidad como es, a la vez que implica también mirar hacia la realidad posible. Los actores se pueden liberar así de reglas y formalismos; se les puede abrir la posibilidad de subvertir y de atreverse a actuar de forma diferente.

3. LA PROPUESTA METODOLÓGICA

La sistematización de experiencias permite transformar la experiencia en conocimiento ordenado, fundamentado y transmisible. No existe un proceso de sistematización estipulado como único o más válido, más bien existe cierto consenso en las fases que lo podrían componer, pero que pueden variar en función del contexto en el que se aplique o del eje de la sistematización¹⁰. Antes de detallar cuales son las fases que podrían componer el proceso de sistematización, cabe hacer mención a un actor colectivo clave en la investigación. Nos referimos al equipo promotor o coordinador, aquel grupo de personas que se encargan de conducir el proceso y de garantizar que la construcción del conocimiento se haga de forma colectiva y participada. Para que esto sea así aplicarán las dinámicas grupales y técnicas participativas que consideren oportunas. Los promotores y promotoras, en caso alguno, tendrían que restar protagonismo a los participantes o establecer una relación de dominación o desigual con éstos. Más bien al contrario, al igual que el resto de educadores populares, los promotores de procesos de sistematización mantienen una relación horizontal con el resto de participantes y descubren la realidad juntamente a ellos, desde una posición situada y localizada. Por lo tanto, un criterio que permite el cumplimiento de este requisito consistiría en que el equipo promotor haya estado involucrado en la misma experiencia a sistematizar. Para respetar este criterio, en determinadas ocasiones, los colectivos que promueven la sistematización de experiencias organizan e imparten, previamente al inicio del proceso, “talleres de formación de promotores”.

Una última consideración antes de introducirnos en las fases de la propuesta. En función de las características de los participantes, de los recursos o del tiempo del que se disponga, la metodología podrá variar en el grado de explicitación, de complejidad, de apertura o de participación.

¹⁰ La propuesta metodológica que exponemos a continuación es el resultado de la síntesis de procedimientos de sistematización como los que se pueden encontrar en: Jara, 1994; Jara, 1998; Barnechea, González y Morgan, 1998, Martinic, 1998

1. Diseño del proyecto

OBJETIVOS: Debatir sobre el proceso de sistematización. Hacer público –de cara a los miembros del colectivo o del movimiento- lo que se quiere hacer. Abrir la participación de un grupo amplio de personas que no han podido participar en el diseño del proyecto, pero que querrían enmendar, ampliar o modificar algunos de sus contenidos.

Del diseño del proyecto se encarga un grupo núcleo en el que participarán los promotores, pero que será tan amplio y plural como se desee o sea posible. Se supone que en el grupo núcleo participarán aquellas personas más comprometidas con el movimiento o más interesadas en participar en la sistematización. Antes de redactar el proyecto hace falta que se planteen las siguientes cuestiones:

- ¿Para qué se quiere sistematizar la experiencia?. Esta pregunta nos ayudará a definir el *eje del proceso* y, por lo tanto, a delimitar la experiencia a sistematizar, a evitar la dispersión. El eje es una especie de hilo conductor, equivale al interés de conocimiento que orienta la sistematización, y en él se encuentra la clave del proceso de producción de conocimiento. Algunos ejes que se han tomado desde diferentes experiencias sistematizadas son: las potencialidades y limitaciones de la educación en el exilio, las relaciones de género en los movimientos sociales, el tratamiento mediático de la acción política de los movimientos sociales, etc.

- ¿Qué se quiere sistematizar? una experiencia en su conjunto, determinadas acciones, una actividad durante un periodo determinado,...

- ¿Cómo realizaremos la sistematización? Debatir sobre cuestiones metodológicas y operativas (con quienes, plazos, recursos,...)

Una vez se ha reflexionado y llegado a conclusiones respecto a estas cuestiones, podemos pasar a diseñar y redactar el proyecto. Para la redacción del documento de proyecto es recomendable seguir un esquema clásico, dividido en los siguientes apartados: a) fundamentación; b) objetivos de la sistematización; c) metodología; d) recursos; e) cronograma. No hace falta concretar, en este momento, cuestiones como las hipótesis puesto que ello se hará con el grupo amplio.

El proyecto, una vez esté redactado y editado, se podrá hacer público y así ser consultado o revisado por el resto de miembros del movimiento.

2. Recuperación del proceso

OBJETIVOS: Reconstruir la experiencia que vamos a sistematizar. Realizar una mirada ordenada a la práctica y al contexto en que ésta se desarrolla.

Llegados a esta fase, al grupo núcleo se le sumarán todos los participantes que se considere necesario, conformándose así el **grupo sistematizador**. Cabe tener en cuenta que cuantas más personas formen parte de este grupo más costoso será el proceso, pero a la vez más enriquecedor e integral. En todo caso, y si se considera necesario, el grupo núcleo no tiene por qué disolverse. Éste se puede continuar reuniendo paralelamente al grupo amplio con el fin de acompañar, aconsejar y asesorar a los promotores durante el desarrollo del proceso.

En un primer momento, se pondrá en común todo lo sucedido durante y en el contexto de la experiencia, se compartirán textos orales y escritos (carteles, actos, recortes de prensa, memorias, manifiestos), teniendo siempre en mente el eje de la investigación. Se pretende relacionar así la totalidad con el aspecto o eje seleccionado.

De la información obtenida se pueden derivar diferentes productos: desde una introducción descriptiva del proceso hasta una exhaustiva reconstrucción de la experiencia por fases. En este último caso, sería recomendable que cada una de las fases se desarrollara distinguiendo entre, por una parte, aquella información que es *interna* al movimiento (periodo en el se realiza la experiencia, lugar, actividad,

participantes, objetivos, resultados, grado de motivación y de ánimo, ritmos) y, por la otra, información *externa* al movimiento (contexto institucional, contexto local, contexto nacional-global).

El criterio de ordenación de la información suele ser cronológico, pero en función de la experiencia podemos considerar otros, u ordenar una experiencia de varias formas. Se aconseja desarrollar esta fase ayudados de instrumentos gráficos que faciliten la recomposición colectiva de la experiencia.

3. Análisis del proceso

OBJETIVO: descomponer el proceso en los elementos que lo constituyen para descubrir su lógica interna y comprender las relaciones que se han establecido entre estos diversos elementos.

Si en la fase anterior hemos reconstruido históricamente la experiencia vivida, de lo que se trata en este momento es de interrogar la experiencia para entender el decurso de los acontecimientos. Esta fase se puede subdividir en tres momentos: la conceptualización, las preguntas y las hipótesis.

a. Conceptualización. Llegados a este punto se hace indispensable conceptualizar y debatir en torno a conceptos con el objetivo de promover la sintonía entre los miembros del grupo alrededor de determinados términos, además de promover aprendizaje grupal al tenerse que explicitar el contenido de éstos. La conceptualización es una tarea a tener en cuenta a la hora de formular las hipótesis o de operacionalizar las preguntas, dos operaciones que nos facilitarán el análisis del proceso y de las que a continuación hablamos.

A la hora de conceptualizar tomaremos como punto de referencia el conocimiento acumulado sobre el tema y, por lo tanto, la teoría existente. Algunas herramientas que nos pueden ayudar en este momento serían materiales didácticos y lecturas, la organización de charlas y seminarios, acceder a otros documentos de experiencias sistematizadas, etc.

b. Operacionalización de las preguntas de sistematización. Las preguntas que el grupo se formule tendrán que ver con los objetivos y el eje de la sistematización por el que se ha optado. La respuesta a estas preguntas, a partir de la información ordenada de la reconstrucción de la experiencia y de su contexto, y en relación con la teoría, constituirá la interpretación de la experiencia. La reflexión alrededor de las preguntas facilitará a los participantes la comprensión de lo sucedido, así como la ordenación, fundamento y transmisión del conocimiento. Las preguntas podrían seguir el siguiente esquema: *¿por qué ha pasado lo que ha pasado? ¿cómo podemos explicar lo que ha sucedido teniendo en cuenta las relaciones de poder existentes?*

Como en los procesos de alfabetización popular, que se constituyen a partir de palabras generadoras, las preguntas acontecen elementos generadores de enseñanza-aprendizaje, facilitan una "lectura del mundo", así como de la acción desarrollada por los diferentes agentes, con el fin de replantearla y reorientarla.

c. Formulación de las hipótesis de acción. Toda intervención o acción intencionada se sustenta en una serie de hipótesis, aunque no siempre se hayan explicitado. De lo que trata esta sub-fase, que proponen autores como Martinic y Walker, es de poner sobre la mesa el conocimiento que sustenta la intervención-acción inicial. Las hipótesis de acción, según Martinic (1998) imbrican tres variables: el problema sobre el que se quiere incidir, los objetivos que se espera lograr y la manera como se espera que esto suceda.

La formulación de las hipótesis tiene que ver con las sub-fases anteriores. De una parte, algunas hipótesis tendrían que dar respuesta a las preguntas de sistematización. Por la otra, para operacionalizar las hipótesis de acción se tendría que conceptualizar cada uno de los tres elementos que las conforman.

En esta fase se empieza a poner de manifiesto la dialéctica del proceso interpretativo con la realidad, a la vez que se enfatiza la relación de la práctica con la teoría. Los sistematizadores deben explicitar el conocimiento previo a partir del cual se diseñó la intervención-acción (reflejado en las hipótesis) y distinguirlo del conocimiento producido durante la práctica. Igualmente, tienen que relacionar este nuevo conocimiento con el saber acumulado sobre el tema, con el fin de generar un diálogo entre conocimiento teórico y conocimiento práctico.

4. Interpretación del proceso y conclusiones

OBJETIVOS: Explicar el proceso vivido, sacando a la luz los nuevos conocimientos obtenidos durante la experiencia. Comprender las causas y las consecuencias de lo que ha sucedido.

Se trata de la fase más compleja y significativa del proceso. En ella se pretende dar respuesta a las preguntas planteadas, considerando y relacionando toda la información con la que se cuenta, tanto aquella de corte más teórico como aquella que se obtiene de la experiencia. Es un momento de abstracción en el que el grupo sistematizador se tendría que fijar en los cambios que se han dado en las hipótesis, en los problemas que se pretendían afrontar y en su resolución, en la adecuación de los objetivos a la realidad, en los efectos de nuestra acción a diferentes niveles, etc. En este momento emergerá, más claramente que en fases anteriores, el pluralismo del movimiento, caracterizado por diferencias de sentido e identitarias, en las predisposiciones y en los intereses de sus participantes. Esta pluralidad generará más diversidad, pero también permitirá que el movimiento reencuentre la unidad perdida en algunos campos.

Esta fase se da por culminada cuando los participantes logran un alto nivel de comprensión de la lógica interna del proceso y obtienen un aprendizaje valioso en relación a la experiencia, que se tendría que traducir en un conocimiento que oriente al grupo de cara a próximas acciones.

Las conclusiones de la sistematización se deberían expresar en forma de aprendizajes. Dentro de lo posible, también se tendrían que recoger propuestas para optimizar los resultados deseados de la acción (incidir en políticas o en la opinión pública, autogestionar procesos, aglutinar recursos, etc.) o el funcionamiento interno (mayores cuotas de democracia interna, ampliar la presa de decisiones, igualdad sexual).

5. Comunicación

OBJETIVO: Comunicar lo que se ha aprendido al resto de miembros del movimiento o a miembros de otros movimientos.

La exposición y divulgación de la sistematización se puede llevar a cabo a través del clásico informe por escrito, pero también teniendo en cuenta otros canales como el cómic, el teatro, el vídeo, etc. A la hora de diseñar la estrategia comunicativa de la sistematización y optar por un canal u otro, hace falta considerar quien es el público destinatario de la devolución. De hecho, de una misma sistematización se pueden derivar diferentes productos en función de los objetivos que se persigan o de quienes son los destinatarios.

4. CONCLUSIÓN: LA SISTEMATIZACIÓN DE EXPERIENCIAS Y LAS POSICIONES EN LA INVESTIGACIÓN EN EL ÁMBITO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

A modo de conclusión, querríamos enmarcar la propuesta de la sistematización de experiencias en la tradición metodológica de la investigación *para* los movimientos sociales, es decir, aquella que se

pretende cuenta con cierto grado de funcionalidad o utilidad para los movimientos. A continuación, haremos un breve recorrido por la pluralidad de tendencias que se enmarcan en esta línea y, en concreto, incidiremos en las particularidades de la sistematización en referencia a otras propuestas de este tipo con más tradición académica o recorrido histórico.

La investigación *para* los movimientos sociales contempla un conjunto de propuestas diferenciadas que se caracterizan por el compromiso de los sujetos investigadores con las causas de los movimientos sociales. El compromiso del investigador, puede variar en el grado y en la posición adoptada en relación al fenómeno que se estudia.

En los años 60, un conjunto de autores que habían participado del ciclo de protesta de aquella década, tanto en los Estados Unidos como en Europa, implementan una serie de proyectos de investigación, a menudo desde la Academia, con los que se naturaliza la movilización y se reconoce a los movimientos como agentes de participación e incidencia política (Pérez Ledesma 1994). Estos autores, molestos con líneas analíticas anteriores, como los análisis patologizadores de la movilización o perspectivas excesivamente simplificadoras como la de privación relativa, abren una línea analítica desde la que se reconoce a los movimientos sociales como agentes de pleno derecho en la esfera política, justificando así su presencia. Además, rompen con una visión únicamente contemplativa de otras teorías de análisis de los movimientos.

Esta función de reconocimiento, implícita en determinados análisis, la explicitaron autores que asumen un papel de mediador entre el movimiento y la sociedad. Estos analistas, algunas veces sin buscarlo, se erigieron como “la voz de los sin voz” (Touraine, 1990). Esta función de representación o de mediación, todavía actualmente, se puede considerar valiosa para movimientos que son objeto de represión o para aquellos que trabajan una problemática que no cuenta con la suficiente centralidad en la agenda política. Pero desde estas posiciones no se soluciona el problema derivado de la relación de dominación entre analistas y analizados, ni se contempla al movimiento social o, mejor dicho, a sus participantes, como constructores de conocimiento y productores de su propio sentido. No se reconoce tampoco su capacidad de tomar la palabra o de representarse a sí mismos.

Otra vertiente de la investigación valorada como necesaria y funcional desde los movimientos sociales es una línea no tan centrada en el fenómeno de la acción colectiva sino en aquellos contenidos de los que beben los movimientos sociales y que legitiman su acción. Estos investigadores estudian aquello que la agenda política oficial y el debate público no contemplan con la suficiente centralidad, temáticas que no han sido problematizadas o que han sido objetivadas por la mayoría de la población. Nos referimos, por citar algunos ejemplos, al impacto en la salud pública de los alimentos genéticamente modificados, al papel de las transnacionales y sus impactos en los países del Sur, a las decisiones que toman organismos multilaterales como la Organización Mundial del Comercio o el Banco Mundial, a la mercantilización de servicios públicos o de la vivienda, etc. Como demandaba un activista francés, “*un analista nos tendría que permitir adquirir un mejor conocimiento del enemigo*”¹¹ (Yves Rouquette en Touraine, 1990: 51). En esta misma línea, teóricos marxistas o feministas cuentan con una larga tradición a la hora de analizar las relaciones de poder y, por lo general, aquellas relaciones sociales – explotación, producción, patriarcado – que explican la estructura social. Desde estas teorías se suele plantear la agencia de los movimientos sociales y como éstos pueden incidir en la estructura social, transformándola. Es una línea de investigación que permite legitimar, fundamentar y orientar el enmarcamiento de las problemáticas, la acción política y el mensaje – de explicación y de motivación – de los movimientos sociales.

Desde otra vertiente, un conjunto de *movement intellectuals*, aquellos que trabajan estrechamente vinculados a los movimientos sociales, (Eyeran y Jamison, 1991, en Tejerina 1998), se han centrado en ayudar a definir la estrategia de los movimientos sociales, desde una posición ambigua entre el experto y el militante. La crítica a esta postura es emitida por parte de un sector de los analistas que considera que a los

¹¹ Este mismo activista se pide “por qué no podíamos encontrar a la universidad estatal a alguien que responda a las demandas de los actores sociales?”

estudiosos de los movimientos sociales no les corresponde ni dar consejos ni orientar al movimiento. Además, por muy situadas y localizadas que estén las posiciones desde las que se plantean las orientaciones estratégicas, éstas se llevan a cabo de manera más individual— por parte de los *movement intellectuals*— que colectiva. Ello conlleva una especialización y división del trabajo en el seno del movimiento respecto a cuestiones que éste podría asumir de manera grupal.

La particularidad de la sistematización de experiencias hacia perspectivas como las definidas es que, además de constituir una investigación *para* los movimientos sociales, se realiza de manera colectiva y de forma encarnada y localizada en los movimientos, es decir, *desde* los mismos movimientos. Por lo tanto, la sistematización supera limitaciones y críticas como las mencionadas. Además, la funcionalidad del estudio o del proceso de reflexión, más allá de residir en los resultados, recae en el mismo proceso de investigación.

Pero los estudios *desde* los movimientos varían también en su grado de compromiso con el principio de la perspectiva o posición situada del investigador. En algunos procesos de investigación-acción con los que se pretende que los agentes sociales auto-reflexionen sobre su práctica se mantiene la figura del agente externo. Este agente, que en principio acompaña y facilita la construcción colectiva del conocimiento, puede asumir competencias en términos de promover o poner en marcha la reflexión colectiva y definir las líneas del proceso. En determinados casos, el investigador puede asumir excesivo protagonismo y adoptar un rol de formador, de concienciador o de iluminador de los activistas. Se puede percibir al investigador externo como un profesor que adoctrina a los participantes o sociologiza el discurso del movimiento. Como polemiza Didier Lapeyrone, al cuestionar el método de Alain Touraine, “*tengo la duda* de si producís movimientos sociales o movimientos sociológicos. Lo que hacéis ¿no está guiado por el deseo de ver vuestra teoría reconocida por un actor y traducida en una acción concreta?” (Touraine, 1990: 42). Desde determinadas dinámicas de investigación-acción se corre el riesgo de convertir el movimiento en un *talking shop*, dejando poco espacio orientado a la práctica y a la acción política (Barker, C. y Cox, L., 2002). Desde esta perspectiva el investigador se acerca, dentro de lo posible, al movimiento, lo reconoce como constructor de conocimiento, pero tampoco se resuelve la relación de dominación ni la barrera investigador-investigado que se sustentaba desde otras perspectivas.

La vertiente fuerte de los estudios *desde los* movimientos sociales pretende lograr la fusión entre analista e investigado y, por lo tanto, promover la auto-investigación y la hetero-formación durante el proceso.

En esta última vertiente situada de la investigación, juntamente a la sistematización de experiencias, se encuentran otros métodos como la co-investigación (que se empieza a aplicar en los EE.UU. y se introduce en Italia en los 70), las aplicaciones no institucionalizadas de la Investigación Acción Participativa (originaria de América Latina y que, como las sistematizaciones, bebe directamente de la Educación Popular), la encuesta obrera (de la que K. Marx fue precursor y que se ha adaptado al contexto de las sociedades postindustriales como encuesta metropolitana¹²), la investigación-activista (que se promueve desde espacios, presenciales y virtuales, como las Jornadas *Investigació*¹³ o *Mobilized Investigation*¹⁴).

Las características principales de esta clase de métodos son:

- Los actores sociales, y no los analistas externos, definen la línea así como las preguntas que orientan la investigación.
- Los actores reconstruyen la capacidad de comprender la realidad desde unos planteamientos de transformación social, y como requisito ineludible para desencadenar acción colectiva. Por ejemplo, pueden indagar sobre la efectividad de su acción y/o sobre las relaciones que se han establecido en el interior del movimiento, así como con agentes externos.

¹² Ver: www.ecn.orginchiesta

¹³ Jornadas celebradas en Barcelona en enero de 2004, ver: www.investigacio.org

¹⁴ Ver: <http://manifestor.orgmiem>

- Con la aplicación de estos métodos se pretende que “*confluyan* los procesos de producción de conocimiento con los mecanismos de acción política” (TrabajoZero, 2001) y, por lo tanto, trascender dinámicas de activismo voluntarista. A la vez, se pretende superar la intelectualización derivada de determinadas dinámicas desde las cuales se trabaja exclusivamente en el terreno discursivo, sin que ello revierta en la práctica.

- Los conocimientos fundamentados en la experiencia se coproducen a través de la articulación real y horizontal de las subjetividades participantes. Por lo tanto, estos conocimientos están comprometidos con la transformación social, no sólo porque son herramientas de concienciación o por su orientación a la acción, sino también porque el proceso de investigación *en sí mismo* es constituyente y transformador de subjetividades participantes, fuente de empoderamiento.

Procesos como los descritos no están exentos de límites epistemológicos, de riesgos deontológico o de dudas de corte metodológico. Para finalizar, enunciamos los siguientes:

- Poner en cuestión el positivismo, el relativismo o el determinismo, no conlleva la puesta en cuestión de la totalidad del conocimiento que provenga de las ciencias sociales. El conocimiento situado y construido colectivamente no tiene porque reñir *per se* con determinadas categorías o con toda teoría universalizante; más bien se pueden enriquecer mutuamente.
- Los análisis de los fenómenos de acción colectiva realizados desde posiciones externas, tampoco se tienen que menoscabar acriticamente, etiquetarse de presuntuosos o “poco útiles” sin profundizar en su contenido. Más bien al contrario, puede resultar interesante entablar un diálogo entre los análisis realizados desde fuera y las interpretaciones construidas por el propio movimiento.
- Al aplicar este tipo de métodos se pueden dar dificultades técnicas en el momento de buscar el equilibrio y las sinergias entre el rigor del método científico y el potencial del conocimiento generado desde posiciones localizadas.
- Sin que exista intencionalidad se pueden establecer relaciones de dominación entre los promotores y el resto de participantes al igual que en la investigación tradicional. Además, los promotores deben tener en cuenta las relaciones de poder existentes entre los participantes o otros elementos – como rencillas personales- que pueden bloquear o restar calidad al proceso.
- A pesar de la funcionalidad de los espacios de reflexión colectiva como los mencionados, algunos miembros del movimiento pueden percibir este tipo de iniciativas como una pérdida de tiempo. Por otra parte ¿es pertinente proponer la apertura de estos espacios desde posiciones externas al movimiento?
- En caso de que sea un grupo concreto de activistas del movimiento en cuestión quien proponga la apertura de estos espacios, ello no siempre conllevará que la totalidad del movimiento lo considere también necesario u oportuno.
- La aplicación de este tipo de métodos puede conducir a una *sociologización de los procesos y de las formas de debate y reflexión* interno – que no del contenido de los debates- que normalmente se realizan de manera menos sistemática o desde espacios informales.

BIBLIOGRAFÍA:

BARKER, C. y COX, L., 2002, What have the Romans ever done for us? Academic and activist forms of movement theorizing en www.iol.ie/~mazzoldi/toolsforchange/afpp/afpp8.html consultado el 8 de febrero de 2004

BARMECHEA, M. M., GONZALEZ, E. y MORGAN, M., 1998, La producción de conocimientos en sistematización, ponencia presentada en el *Seminario Latinoamericano de sistematización de prácticas de animación sociocultural y participación ciudadana en América Latina*, Medellín, Colombia, agosto de 1998

BICKEL, A., 1998, Síntesis interpretativa de las sistematizaciones regionales Alforja, en www.alforja.or.cr/sistem, consultado el 15 de marzo de 2002.

FRANCKE, M. i MORGAN, M., 1995, La sistematización: apuesta por la generación de conocimientos a partir de las experiencias de promoción, en www.alforja.or.cr/sistem, consultado el 15 de marzo de 2002.

FREIRE, P., 1978, *Pedagogía y Acción Liberadora*, Bilbao: Zero

GHISO, A., 1998, De la práctica singular al dialogo con lo plural, en www.alforja.or.cr/sistem consultado el 15 de marzo de 2002.

JARA, 1994, *Para sistematizar experiencias*, San José: Alforja

JARA, 1998, El aporte de la sistematización a la renovación teórico-práctica de los movimientos sociales, en www.alforja.or.cr/sistem, consultado el 15 de marzo de 2002.

JARA, 2000, *Apuntes sobre educación popular en América Latina*, inédito (borrador de trabajo)

JARA, 2001, Dilemas y desafíos de la sistematización de experiencias, ponencia presentada en el *Seminario ASOCAM: Agricultura sostenible Campesina de Montaña*, Cochabamba, Bolivia, abril de 2001.

MARTINIC, S., 1998, El objeto de la sistematización y sus relaciones con la evaluación y la investigación, ponencia presentada en el *Seminario latinoamericano de sistematización de prácticas de animación sociocultural y participación ciudadana en América Latina*, Medellín, Colombia, agosto de 1998

MEJÍA, M. R., 1999, Educación Popular hoy: entre su refundamentación o su disolución, en www.alforja.or.cr/sistem, consultado el 15 de marzo de 2002

MONTENEGRO, M., 2001, *Conocimiento, agentes y articulaciones: una mirada situada a la intervención social*, tesis doctoral, Dep. de Psicología Social de la UAB, Cerdanyola.

MORGAN, M., s/f, “Búsquedas teóricas y epistemológicas desde la práctica de la sistematización”, en Santibañez, E. y Álvarez, C. *Sistematización y producción de conocimientos para la acción*, CIDE, Santiago

PÉREZ LEDESMA, M., 1994., Cuando lleguen los días de cólera. Movimientos sociales, teoría e historia. en *Zona Abierta*, nº 69.

SCHON, D., 1994, La práctica reflexiva: aceptar y aprender de la discrepancia en *Cuadernos de Pedagogía*, nº 222, febrero de 1994.

TEJERINA, B., 1998, Los movimientos sociales y la acción colectiva. De la producción simbólica al cambio de valores. en IBARRA, P. y TEJERINA, B., 1998, *Los movimientos sociales: transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid: Trotta.

THOMPSON, E. P., 1981, *Miseria de la teoría*, Barcelona: Editorial Crítica

TOURAINÉ, A., 1990, *Movimientos sociales de hoy. Actores y analistas*, Barcelona: Hacer

TRABAJAZERO, 2001, Metodologías participativas y acción política, *revista Maldejo*, nº 2, junio de 2001.